



II Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población

Guadalajara, México, 3 – 5 de Septiembre de 2006

La demografía latinoamericana del siglo XXI Desafíos, oportunidades y prioridades

La masculinidad en el envejecimiento. Vivencias de la vejez de varones de una zona popular de Lima

Miguel Ángel Ramos Padilla

Universidad Peruana Cayetano Heredia
mramos@upch.edu.pe

“LA MASCULINIDAD EN EL ENVEJECIMIENTO”.
Vivencias de la vejez de varones de una zona popular de Lima¹

Miguel Ángel Ramos Padilla²

La presencia cada vez más evidente en el Perú de un alto número de personas de edad avanzada anuncia un nuevo fenómeno, no solo demográfico sino, por sus repercusiones, fundamentalmente social y político. Apenas una década atrás el envejecimiento de la población era visto como una realidad propia de los países desarrollados, producto de sus bajas tasas de fecundidad y sus altas esperanzas de vida al nacer. Las mismas tendencias demográficas en el Perú, vividas con mayor intensidad en las principales ciudades, están provocando, paulatinamente, un fenómeno semejante.

En los países desarrollados, el Estado y la sociedad están preocupados por el alto gasto social que demanda el sostenimiento y la atención de un gran segmento de la población que ya no es productiva, con una alta demanda de servicios de salud y de instituciones que les permitan mantenerse en buen estado físico y mental o albergarlos indefinidamente. Esos Estados y esas sociedades, sin embargo, pueden responder adecuadamente a esa realidad. Pero ¿qué ocurre en un país pobre como el Perú, donde más de 50 por ciento de la PEA se dedica a actividades informales que no cotizan a fondo de pensiones alguno, o está compuesta por trabajadores dependientes con muy bajos ingresos que cotizan a un fondo de pensiones quebrado y que luego del cese reciben pensiones miserables? Esta situación se agrava si desde el Estado la oferta de servicios a los adultos mayores, y sobre todo a los de estratos populares, es casi inexistente y precario. ¿Qué pasará en los años siguientes con esta población en rápido crecimiento si no se produce una respuesta adecuada?

Por otro lado, existen aspectos socioculturales en la construcción del género que incrementa el malestar de los hogares donde habita un adulto mayor, en contextos de pobreza. Se trata de algunos rasgos de la masculinidad hegemónica que colisionan con las características propias de esta etapa de la vida, pues constituyen una ruptura abrupta con el pasado, sobre todo con la pérdida de roles tan preciados como el de proveedor y el de autoridad patriarcal en el hogar, que son el *quid* de la valoración social como hombre. Además, si se toma en cuenta que el ámbito doméstico no ha sido el centro de las actividades productivas, atribuidas por lo general a los varones, y que los quehaceres del hogar no han estado tradicionalmente a su cargo, qué ocurre luego del cese laboral, cuando gran parte del tiempo deben pasarlos en el hogar

Esto nos motivó a preguntarnos cómo interpretaba el adulto mayor varón su nuevo estatus, a la luz de las creencias de género, así como cuáles eran las repercusiones en sus sentimientos de malestar o bienestar y los efectos en la calidad de vida, tanto de ellos como de la familia con quien convive. Por eso indagamos, a la vez, por las percepciones de otros familiares sobre la presencia del anciano y su contribución en el bienestar o malestar de todas y todos.

La investigación tuvo como objetivo, por un lado, una aproximación exploratoria, descriptivo-analítica, y desde la perspectiva de género, a los discursos de estos adultos mayores en torno de sus vivencias de la vejez; y, por otro lado, un acercamiento a las percepciones de quienes tienen una relación próxima con el adulto mayor respecto a sus relaciones con él.

La técnica cualitativa que mejor se ajusta a la necesidad de explorar las experiencias individuales es la entrevista en profundidad. Se entrevistaron a diez ancianos varones entre los

¹ Trabajo presentado en el II Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población, realizado en Guadalajara, México, del 3 al 5 de septiembre de 2006.

² Docente e Investigador de la Facultad de Salud Pública y Administración de la Universidad Peruana Cayetano Heredia. Lima – Perú. E-mail: mramos@upch.edu.pe

70 y 86 años que viven en un barrio popular en la parte sur de Lima y a uno de sus familiares más próximos. Respecto a los diez ancianos, 5 están casados, tres son viudos, uno es separado y uno soltero. A excepción de este último, todos viven con hijos y nietos.

I. ALGUNOS ASPECTOS CONCEPTUALES

La vejez ha estado asociada a una etapa de la vida que se inicia a determinada edad, cuando las facultades físicas y mentales sufren un descenso importante que impide la ejecución de actividades que sí podían realizarse durante la juventud y la adultez. Para quienes laboraban en el mercado de trabajo, la cesantía es fijada legalmente en cada país. Hasta hace un par de décadas, en el Perú estaba establecida en 60 años, pero hace poco tiempo fue elevada a los 65. Un consenso tácito establece la edad en que se inicia la vejez justamente cuando se termina la edad activa. Sin embargo, el momento de decaimiento sustantivo de las fuerzas físicas y de las capacidades mentales y el deterioro de la salud cambian con cada persona. No obstante, personas en pleno desarrollo de sus facultades son consideradas viejas por el solo hecho de llegar a determinada edad. El comportamiento de las otras personas hacia ellas cambia, sus oportunidades se restringen, y la percepción sobre sí mismos puede transformarse por su relación con el medio. Cabe preguntarse qué es el envejecimiento en nuestra sociedad, si corresponde solo a una constatación objetiva —el pertenecer a un rango de edades— y a la observación de una condición física, o si se trata, además, de una construcción social.

1. El concepto de envejecimiento

El envejecimiento no puede ser considerado solo desde el punto de vista cronológico; no obedece a un criterio solo biológico asociado a trastornos funcionales. Tiene, a la vez, un sentido social, es decir, se construye socialmente y está referido a las conductas y actitudes adecuadas para una determinada edad cronológica, a las percepciones subjetivas que tienen de sí mismas las personas de esa edad (lo que llamaremos autopercepciones), y a las que tienen las otras personas que no viven este momento (jóvenes y adultos) con quienes interactúan.

2. Género y envejecimiento

El sentido de la edad social, con roles diferenciados por rango, coincide de alguna manera con el concepto de género, que obedece también a una construcción social, pues sobre la base de una diferencia biológica entre hombres y mujeres se fijan roles y conductas diversas, y a las mujeres se les asigna una posición subordinada respecto a los hombres. De la misma manera, los ancianos suelen ser considerados socialmente menos que los individuos que no lo son.

La construcción social de género no es la misma en todas las etapas del ciclo de vida, como tampoco lo es la edad cronológica, fisiológica y social para hombres y mujeres. El aspecto fundamental de esta conexión es “[...] comprender cómo se relaciona la edad y el género con la distribución del poder, privilegios y bienestar en la sociedad” (Ginn y Arber 1996).

Así, habría una serie de condiciones cambiantes que permitirían o obstaculizarían el ejercicio del poder, según la edad. De esta manera, la dependencia económica de los hijos, la enfermedad y la falta de redes familiares y sociales, podrían contribuir a una pérdida de poder masculino y a un mayor equilibrio de poderes en las relaciones entre géneros. Las autopercepciones de los ancianos o adultos mayores³ y las percepciones de los demás respecto de aquellos tienen como filtro los imaginarios sociales y culturales de género y edad.⁴

³ De aquí en adelante usaremos indistintamente estos dos términos como sinónimos.

⁴ Entendemos por “imaginario” a las “formas creadas por cada sociedad [...] mediante las cuales se constituye un sistema de normas, de instituciones en el sentido más amplio del término, de valores, de orientaciones, de finalidades de la vida tanto colectiva como individual” (Castoriadis 1997).

3. Masculinidad y envejecimiento

Estudiar a los adultos mayores varones nos exige conocer los cambios y permanencias de los imaginarios sociales respecto de lo que significa ser hombre en nuestra sociedad. De qué manera el cumplimiento de la normatividad social acerca de los comportamientos por género repercute en la interpretación que los hombres hacen sobre sí mismos en esta etapa de sus vidas, y cómo influye esto en sus sensaciones de malestar o bienestar y en su interacción con su familia. Para ello se hace necesario plantear cuáles son los pilares fundamentales sobre los cuales se realiza la construcción social de la masculinidad hegemónica.

No se nace varón, sino que, apenas el recién nacido es reconocido como tal por sus genitales, la sociedad toda hará de él lo que considera que es ser varón en nuestra sociedad. Se alentarán en él determinados comportamientos, creencias, actitudes y convicciones, y se le reprimirán otros. Se le hará sentir que forma parte de un colectivo masculino que es superior y que debe ejercer autoridad sobre el colectivo femenino (Marqués 1997). Una de las bases fundamentales de la masculinidad reside en la capacidad de ejercer autoridad sobre las mujeres. La construcción de la masculinidad hegemónica está atravesada por pruebas mediante las cuales cada varón tendrá que demostrar en diversas etapas de su vida, su masculinidad, como si fuera un atributo que siempre está en peligro de perderse (Hernández 1995). Durante la adolescencia, la sexualidad será el eje central de la demostración, y se expresará por medio de la capacidad de conquistar mujeres y la frecuencia de los actos sexuales. En la adultez, cuando cada varón ha demostrado fehacientemente su virilidad en el matrimonio y la procreación, el centro de la construcción de la masculinidad estará en su capacidad como proveedor, es decir, en su aptitud para sostener económicamente a su familia. Un varón adulto sin trabajo se sentirá socialmente devaluado como hombre (Fuller 2001). Según algunas investigaciones, para los ancianos, el hecho de haber dejado de ser proveedores trae como consecuencia su desvalorización social (Nué 2001).

4. Roles de género en las actividades domésticas durante la vejez

Ginn y Arber (1996) dan cuenta de que, para la realidad europea, tanto los hombres cuanto las mujeres jubilados tomaban más parte en tareas masculinas que las personas laboralmente activas, y de que los hombres participaban más en tareas femeninas después de jubilarse.

En otra investigación, Wilson (1996) señala que los viudos no tenían más remedio que realizar actividades estereotípicamente femeninas. Algunos maridos cuyas esposas estaban incapacitadas también cocinaban, iban de compras o se encargaban del lavado de la ropa. Cabe preguntarse hasta qué punto, en circunstancias parecidas, los hombres ancianos asumen con autonomía la satisfacción de sus necesidades y la resolución de sus problemas domésticos, o si más bien dependen de otros familiares para ello. Hay que tener en cuenta que, a diferencia de lo que ocurre en Europa, donde los ancianos por lo general viven solos, en nuestros países, aun más en contextos de pobreza, viven en el seno de familias extendidas. Es probable que estas tareas descansen en otras mujeres (hijas, nueras), a quienes se añadiría a sus cargas habituales —esposos, hijos— la del anciano sin pareja.

Otro aspecto que merece ser destacado es el de los roles asumidos por cada uno de los ancianos (hombre y mujer) en una familia extendida, la mayoría en América Latina en general y en el Perú en particular. ¿Hasta qué punto la funcionalidad o no de la anciana o el anciano respecto de la reproducción familiar tiene como resultado una mayor valorización o desvalorización de cada uno de ellos por los demás miembros de la familia? Es posible que la pérdida del rol de proveedor del hombre lo haría poco funcional al hogar, en tanto que los roles tradicionales femeninos en el ámbito doméstico significarían una continuidad en el quehacer de las mujeres ancianas, con consecuencias positivas para la reproducción familiar.

5. Relaciones de poder durante la vejez

De acuerdo con la literatura revisada, la tendencia mayoritaria es a que las relaciones de poder se extiendan hasta la vejez. Pareciera existir una suerte de dinámica de subordinación, de base cultural, muy difícil de romper, que haría que los varones, inclusive en situación de minusvalía, mantengan el poder. En otras ocasiones, aun cuando el poder masculino se mantiene, el control sobre las mujeres se relaja y la violencia contra ellas disminuye.

En un estudio publicado en 1996, Askham señala cómo la dinámica de malos tratos puede continuar entre matrimonios ancianos. En otro trabajo, Rose y Bruce (1996) señalan que incluso los hombres físicamente dependientes mantienen con frecuencia el poder sobre sus esposas. Según Wilson (1996), el matrimonio constituye un medio de control de las mujeres por los hombres, aun en la vejez, de manera que la longevidad matrimonial no hace sino reforzar las relaciones convencionales de género. Este mismo autor encuentra que, durante la vejez, tanto hombres cuanto mujeres pierden poder y son sometidos en muchas ocasiones por otros familiares, principalmente por los hijos, que se vuelven muy controladores.

6. Redes sociales de los ancianos

Según la bibliografía consultada, la principal red de apoyo es la familia; pero cuando, por alguna razón, esta falta, las redes de amigos, vecinos o de instituciones locales juegan un papel crucial, sea como apoyo fundamental, sea de manera complementaria. Su función no consiste necesariamente en el apoyo cotidiano para la satisfacción de necesidades básicas del anciano, sino que llenan vacíos importantes de afecto, compañía y de oportunidad de actividades que involucren al anciano y contribuyan con su salud mental.

Sin embargo, existirían barreras culturales, como las construcciones de género, para el acceso diferenciado de hombres y mujeres a estas redes, y en las que son los varones los más perjudicados. La investigación de Wilson (1996) sobre la participación de hombres y mujeres en instituciones locales que aglutinan a ancianos hace notar que en prácticamente todas sus actividades sociales había mucho menos hombres que mujeres. Algunos dijeron que no tomaban parte de las actividades locales porque eran “demasiado femeninas”.

La viuda tiene un rol mucho más definido en nuestra sociedad que el viudo. Las mujeres que han pasado gran parte de su vida adulta criando a sus hijos e hijas y dedicadas a otras actividades domésticas tienen más oportunidades de desarrollar tipos de relaciones sociales que pueden prolongarse en los años de jubilación. Por otra parte, los hombres cuya vida social en la mediana edad se ha centrado en el trabajo y en actividades de ocio pueden tener dificultades para adaptarse a un estilo de vida hogareño y centrado solo en el vecindario cuando ya no les es posible realizar aquellas otras actividades. Es más probable que las viudas que se encuentran incapacitadas tengan amigas en la misma situación que los hombres en caso similar. Quizá por la existencia de estos modelos de rol, las mujeres parecen más capaces de afrontar las pérdidas y problemas que tengan que sufrir en la vejez (Scott y Wenger 1996).

II. RESULTADOS DE LA INVESTIGACIÓN

Hemos dividido este capítulo en cuatro partes, que guardan relación con nuestros hallazgos sobre los aspectos centrales en los que se basa la interpretación y las percepciones de los adultos mayores respecto de sus vivencias de la vejez. En la primera parte exponemos su interpretación de la continuidad o de la pérdida de su rol como proveedores, una de las características centrales que les asigna a los hombres adultos la masculinidad hegemónica y que es fuente de poder y de valoración social. En la segunda parte analizamos el tipo de relaciones que entablan en el hogar, los cambios y las permanencias en las relaciones de

control y poder para con la pareja, los hijos y nietos, a partir de sus propias percepciones y las de las personas que cohabitan con él. La tercera parte está dedicada al estudio del tipo de relaciones sociales que teje el adulto mayor más allá del núcleo familiar, a las percepciones que tiene de sus vínculos amicales y a su participación en instituciones, así como a los beneficios y carencias que percibe como resultado de esta interacción. Por último, en la cuarta parte discutimos las percepciones de su situación actual, en las que juegan como condicionantes que se yuxtaponen y acumulan o contradicen los aspectos antes mencionados, brindándoles sensaciones de malestar o de bienestar en sus vivencias de la vejez.

1. Función como proveedor y percepciones de la cesantía

La cesantía es el acontecimiento que marca, en la mayoría de las ocasiones, el inicio de la vejez en la percepción de uno mismo y en la de los demás. Ocurre en edades diversas: si se labora como dependiente, la edad de jubilación está normada por la ley; si se trabaja por cuenta propia, la cesantía no llega siempre de manera voluntaria, sino más bien obligada por el importante decrecimiento de las fuerzas físicas o porque los demás consideran que no deben dar empleo a alguien considerado socialmente como de edad avanzada. En cualquiera de los casos, la cesantía cobra un significado especial para quienes, como los hombres, han construido su identidad masculina adulta en el ámbito laboral, ubicado en la esfera de lo público, en su rol fundamental de proveedor del espacio doméstico. Tradicionalmente esto les otorgó mayor poder y autoridad y fue fuente de su valoración social.

¿Qué ocurre cuando dejan de trabajar? ¿Qué permanencias o cambios surgen de su situación actual? ¿Cómo se percibe a sí mismo el adulto mayor en esta nueva posición? ¿De qué manera influye en sus sensaciones de malestar o bienestar y, por ende, en su calidad de vida?

Uno de los más importantes mandatos sociales de la masculinidad hegemónica, el rol de proveedor, se mantiene fuertemente enraizado en la subjetividad de cada uno de los hombres entrevistados, inclusive en la etapa de la vejez. Sigue siendo fuente de reconocimiento y valoración social, y aun cuando el medio no se los exija explícitamente, se yergue como coacción interna, a modo de interpelaciones íntimas sobre el deber ser. Así, cuando los adultos mayores no pueden continuar asumiendo ese rol y necesitan depender de otros para sobrevivir, experimentan sentimientos de baja autoestima y de vergüenza.

Por esto, el hecho de recibir o no una pensión de jubilación, por paupérrima que esta sea, marca sustancialmente la diferencia en la interpretación que hacen ellos de su situación actual. El considerar que aún son proveedores, aunque ya no sean los principales, les otorga cierta seguridad y la sensación de que mantienen autoridad y poder en el hogar. Las quejas respecto de que lo que reciben les alcanza para cubrir solo sus necesidades mínimas podrían ser las mismas que las que expresan los trabajadores actualmente activos y, por tanto, comparten con estos los sentimientos de frustración y disconformidad, y también la situación de precariedad económica. Ciertamente, su frustración podría ser más grave, pues los adultos mayores pueden comparar su situación actual con la de épocas anteriores, cuando su solo salario alcanzaba para satisfacer las necesidades de toda la familia, incluso más allá de las mínimas para cubrir los gastos de alimentación y abrigo. Sin duda, el deterioro de sus capacidades adquisitivas por lo exiguo de sus pensiones les crea mucho malestar. Sin embargo, estos sentimientos no son producto del no cumplimiento de la normatividad social que exige de los varones el ser proveedores, y, por tanto, no producen humillación por la interpretación de su poca valía como varón; se trata más bien de malestares compartidos por la mayoría de los sectores populares, por razones sociales que van más allá de la supuesta incapacidad personal, que es como se interpretan los estereotipos de género.

Los que no tienen una pensión de jubilación suman a los malestares que les produce su mayor precariedad económica —que en algunos casos compromete su propia supervivencia— el profundo sentimiento de vergüenza y humillación por no poder seguir cumpliendo su rol de proveedores y el tener que depender de otros. La mayoría de ellos, a pesar de que sus fuerzas físicas les impiden continuar trabajando, siguen en la búsqueda de oportunidades de empleo, y se sienten absolutamente devaluados como hombres cuando son rechazados por su edad. La sensación de inservibles ronda a todos ellos. Varios de los entrevistados que están en esta situación, pero principalmente los que no tienen quién los ayude, se sienten absolutamente desamparados, sin esperanzas, y solo esperan la muerte. Trabajan cuando pueden conseguir algo, como única forma de obtener lo mínimo para sobrevivir, a pesar del sufrimiento físico que les produce. Esta es una de las situaciones más desgraciadas dentro de las condiciones en que se reproduce la vida en el contexto de la extrema pobreza.

En suma, el mandato social de ser proveedor para sentirse socialmente valorado como hombre permanece vigente en todos estos adultos mayores. Esta ha sido una de las fuentes más importantes de su poder y autoridad en el ámbito doméstico, y, a la vez, el ejercicio de esa autoridad es el punto medular de la identidad masculina. La cesantía ha tenido diferentes significados para ellos, dependiendo de si recibían o no pensiones de jubilación. Para quienes sí la tienen la cesantía solo significó el haber cumplido una etapa de su vida y empezar otra sin obligaciones con las empresas en las que laboraban, pero conservando su capacidad de proveer. La dura realidad económica en la que viven los ha mantenido, en su gran mayoría, como principales —y en algunos casos, únicos— proveedores, incluso de hijos mayores sin trabajo y de nietos. Esto les sigue confirmando poder y autoridad dentro del hogar y mantiene su autovaloración como hombres plenos, a pesar de sus magros ingresos. Este poder no está incólume, como veremos más adelante, porque la edad les juega en contra respecto de los hijos, principalmente los varones, que enfrentan, incluso violentamente, ese poder.

Para quienes no tienen una pensión de jubilación, la cesantía ha significado el fin de su capacidad como proveedores, de su valoración como hombres adultos y plenos. Su nueva situación de dependencia de los hijos, más allá de las propias carencias económicas, los hace sentirse humillados y avergonzados. El mandato social de la masculinidad hegemónica permanece, pero ahora es la fuente fundamental de su malestar, porque su cumplimiento ya es inalcanzable: la sociedad les niega esa posibilidad. Entonces, su resignación a nunca más recuperar su capacidad de proveedores los hace sentirse inservibles. Estos hombres son los que menos poder mantienen en casa, salvo los resquicios que les otorga el ser aún los propietarios de la vivienda donde todavía moran varios de sus hijos.

2. Relaciones familiares

Una vez iniciada la cesantía, el tiempo que era ocupado en el ámbito de lo público —trabajo, transporte, amistades, etcétera— se vuelca de manera significativa al espacio del hogar. Si antes era el lugar donde recalaba durante las noches y fines de semana para obtener servicios de su pareja y descansar, además de interactuar con esposa e hijos de manera impositiva, controladora o democrática, ahora el ambiente doméstico es el centro de actividad o de carencia de ella, la oportunidad de relacionarse permanentemente con los demás miembros que cohabitan bajo el mismo techo, al que en algunos casos se han incorporado nietos, nueras y yernos. Su omnipresencia juega un papel crucial en la atmósfera de bienestar o malestar dentro del hogar, dependiendo de sus actitudes frente a sí mismo y los demás, que la mayoría de veces se desprenden de creencias de género muy arraigadas.

Los testimonios de los adultos mayores que han participado en el estudio y los de sus acompañantes más próximos nos han permitido constatar que el tipo de relaciones que entablan estos ancianos en el espacio del hogar es, en líneas generales, resultado de una

continuidad iniciada con la constitución de la pareja muchas décadas atrás, que no ha sufrido una ruptura importante a partir de la cesantía, y que llega hasta la etapa de la vejez.

En los casos en los que se presentan actitudes violentas y controladoras de los adultos mayores, no se trata de rasgos seniles aparecidos en esta etapa de la vida sino que forman parte de sus trayectorias permanentes de maltratos, de avasallamiento y de falta de respeto por las personas con quienes conviven. En la actuación de estos hombres se traslucen creencias machistas tradicionales muy enraizadas, de superioridad masculina, de autoritarismo y de preservación de privilegios aun a costa de afectar las condiciones de vida de quienes consideran subalternos al servicio de ellos. Coincidentemente, en los casos de Julio y de Teófilo, que se ajustan a este patrón, y también en el de Fortunato, aunque en menor medida, se mantiene el rol de proveedor gracias a la pensión de jubilación que reciben, lo que significa un ingreso fijo de por vida en un contexto en el que las personas en edad económicamente activa no logran tener un ingreso fijo o siquiera un empleo, como ocurre con varios de sus hijos. Así el adulto mayor puede asegurar condiciones materiales para mantener su poder incólume en el hogar. Desgraciadamente, no pudimos ubicar para el estudio a algún anciano sin pensión de jubilación y con una trayectoria tan machista y violenta como los anteriores. Queda la pregunta de si tener que depender de otros para su supervivencia devendría en una pérdida de poder y, por tanto, en un cambio en las características de las relaciones de género.

Se podría alegar que la mayor parte de los adultos mayores que tienen buenas relaciones de pareja y hacen circular las relaciones de afecto y de respeto también hacia sus hijos y nietos, son precisamente los que no cuentan con una pensión de jubilación. En primer lugar, Marcos, que sí la recibe, mantiene una relación horizontal y satisfactoria con todos los miembros de su hogar. Aunque, en este caso, su militancia religiosa explicaría el quiebre real de una relación vertical, jerárquica y violenta, y su conversión en una más democrática y de respeto. En segundo lugar, las actitudes democráticas y afectuosas de estos hombres no aparecieron luego de la cesantía sino que, como en el caso de los que ejercen violencia, forman parte de una trayectoria de toda la vida, cosa que es corroborada por sus esposas o hijos.

Es probable que la situación de quienes no perciben una pensión pudiera haber sido peor, en términos de las condiciones materiales para su subsistencia, si mantuvieran una mala relación con los hijos de quienes dependen. La excepción está dada por el caso de Daniel, quien se encuentra bastante desamparado. Sin embargo, su situación no es producto de una mala relación con sus hijos, sino de un contexto económico muy precario en el que tampoco sus hijos tienen lo suficiente para ellos mismos y sus respectivas familias.

En el caso de Timoteo quien esta separado muchos años de su primera pareja, y que vive solo con su hijo, el cual prácticamente boicoteó una nueva relación de su padre, pudimos apreciar un rasgo interesante en la relación entre padres e hijos en esta etapa de sus vidas. Hay situaciones en las que los hijos podrían volverse controladores y reprimir las iniciativas autónomas de sus progenitores. Son presentados como actos que buscan proteger a los padres de posibles peligros que atenten contra su salud o su bienestar. Sin embargo, en el fondo muchas de estas son actitudes egoístas de los hijos, quienes muestran intenciones posesivas para con sus padres. En otros casos se trataría simplemente de intereses materiales, como los bienes hereditarios, que se ven amenazados por la participación de una “intrusa”. Entonces harán esfuerzos, algunos muy sutiles, para impedir que los padres vivan sus propias vidas, para sentirse ellos bien, a costa de afectar definitivamente el bienestar de los adultos mayores.

El tipo de relaciones que entablan los ancianos con los otros miembros del hogar es, en suma, un elemento importante que contribuye al bienestar de todos o al deterioro de la calidad de vida en el ámbito doméstico. En todos los casos, los ancianos, al ser propietarios de la vivienda donde viven, no pierden el estatus de “jefe de hogar”, aun cuando no sean

proveedores; por tanto, mantienen algún nivel de poder. Esto hace que muchas decisiones que conciernen a la marcha del hogar sigan pasando por estos hombres y, por eso mismo, que las relaciones que se dan en él sean altamente determinadas por ellos.

3. Redes de apoyo fuera del núcleo familiar

Hemos visto ya que la principal red de apoyo de los adultos mayores es la familiar. Sin embargo, las redes de amigos, vecinos o de instituciones locales pueden jugar un papel complementario importante. En el caso de estas últimas no se trata de un apoyo cotidiano para la satisfacción de necesidades básicas del anciano, sino que pueden llenar vacíos importantes de afecto, compañía y de oportunidad de actividades que lo involucren y contribuyan con su salud física y mental. No obstante, y a pesar de que aparentemente los beneficios de la participación en redes sociales más allá del núcleo familiar resulten obvios, existen barreras no solo económicas, sino también culturales. En estas barreras están presentes las construcciones de género que determinan el acceso diferenciado de hombres y mujeres a ellas, y que perjudican sobre todo a los varones, como veremos a continuación.

La familia sigue siendo el espacio principal —y en algunos casos exclusivo— de las relaciones personales y de apoyo para la mayor parte de los adultos mayores que participaron en el estudio. En un grupo de ellos se añade su participación en instituciones de distinta índole, y en otros el establecimiento de lazos amicales con vecinos. Cada una de estas situaciones tiene diversos impactos para ellos y sus respectivas familias. Varios factores se conjugan para extender las relaciones más allá del ámbito familiar cercano, entre las que destacan la supervivencia o no de la esposa, la trayectoria anterior a la cesantía respecto del tipo de lazos de amistad contraídos y de la experiencia de participación en instituciones sociales no gremiales y, por último, el temperamento más o menos sociable de cada persona. Así, podemos hacer la siguiente clasificación:

1. *Los que centran sus relaciones exclusivamente en su familia cercana*, es decir, esposa, hijos y nietos. Antes de la cesantía ellos tampoco mantuvieron amistades ni participaron en institución social alguna, salvo en organizaciones gremiales cuando trabajaban. Ellos consideran que las relaciones familiares siempre les resultaron suficientes para sentirse tranquilos. Actualmente son muy desconfiados para entablar amistad con los vecinos, con quienes solo buscan tener buenas relaciones y evitar problemas. Algunos son reacios a participar, principalmente porque tienen una información distorsionada de los fines que persiguen este tipo de instituciones y porque en casa dicen encontrar siempre actividades que realizar y que ocupan la mayor parte de su tiempo. Hay también de los que fueron muy dependientes de las relaciones que entablaban sus esposas, de manera que una vez que ellas fallecieron perdieron estos vínculos y ahora les cuesta mucho retomarlos.
2. *Los que participan en instituciones de ayuda mutua con fines sociales y recreacionales*. Se trata de la participación en dos tipos de instituciones: los clubes provinciales, que sirven como punto de encuentro de personas que tienen el mismo origen provinciano y que realizan actividades festivas y recreativas eventualmente, y los clubes que agrupan a adultos mayores, en las que cotidianamente se desarrollan actividades recreativas, deportivas y culturales y que buscan contribuir con la salud física y mental y el bienestar general de sus asociados. A los adultos mayores les resulta cada vez más difícil mantener su participación en los clubes provinciales, pues la calidad de socios les exige una serie de gastos —desde el pago de la membresía mensual hasta el dinero que deben desembolsar para poder participar en las actividades sociales recreativas y festivas de la institución— que sus reducidos

ingresos, incluso de los que reciben una pensión de jubilación, no pueden solventar. Esto hace que la participación en este tipo de instituciones se haga cada vez más esporádica o se deje definitivamente de asistir. Los únicos beneficios reconocidos de participar en este tipo de instituciones es el de mantener el contacto eventual con los paisanos y el de tener ocasionalmente momentos de esparcimiento. Pero como estas experiencias no son continuas —en ocasiones las separan meses—, no constituyen parte importante en la vida cotidiana de los ancianos y no cubren sus tiempos vacíos. En cambio, la participación en una institución de ayuda mutua de los adultos mayores, localizada en el propio barrio, con actividades educativas y recreativas durante todos los días de la semana, tiene un impacto importante en la salud física y mental de los integrantes. Los beneficios no son percibidos solo por los mismos ancianos, sino también por toda la familia. Sin embargo, en la medida en que la institución es autogestionaria —ese es el caso del Club de Jubilados de Villa María del Triunfo—, sus integrantes tienen que sostenerla económicamente. A pesar de que la cuota es mínima, no está al alcance de quienes se ubican en la extrema pobreza.

3. *Los que participan en sectas religiosas.* Según los testimonios de quienes pertenecen a estas organizaciones, sabemos que intentan constituirse en el centro de la vida de sus fieles y que les exigen dedicación total; además, les prohíben participar en otro tipo de instituciones, incluso no religiosas. La militancia confesional en estas iglesias llena la vida de estos ancianos y les demanda normas de conducta tanto en su vida privada cuanto en la pública y que, al parecer, mejoran la convivencia familiar y también la social; les dan un sentido y ocupación permanente a sus vidas en la actividad proselitista que realizan día a día, y les brindan un espacio de relaciones de fraternidad y ayuda mutua entre correligionarios. Pero existe en ellas, también, una situación de exclusión y autoexclusión que hace que sus miembros viven sectariamente. Por un lado, sus normas de vida inflexibles, como la no ingesta de alcohol o café, o de evitar determinado tipo de alimentos, el no asistir a fiestas sociales, e inclusive su porfiada actitud de prédica constante, hacen que los demás los marginen. Por otro lado, ellos mismos evitan entablar amistades externas a su ámbito confesional, e incluso mantener relaciones con sus familiares no cercanos, por el temor a la provocación y a la exclusión. Estos hombres señalan estar complacidos con sus militancias religiosas porque encuentran en ellas sentido a sus vidas y aparentemente les producen bienestar.
4. *Los que mantienen relaciones con amigos y vecinos.* Existen diferentes situaciones en la que amigos y vecinos forman parte de las relaciones que entablan estos adultos mayores y que se añade la relación cotidiana que tiene con su familia nuclear. Este espacio constituye un complemento recreativo y de uso de su tiempo libre al soporte familiar, que es central para el desarrollo de su vida cotidiana; por lo tanto, la satisfacción de sus necesidades de supervivencia no depende tanto de los amigos cuanto de su familia. Encontramos un solo anciano que carece de soporte familiar, pues es soltero y vive solo, y apoya su supervivencia en la ayuda proporcionada por una vecina. Ella le proporciona un ingreso diario con el pago por un subarriendo, y le procura en su casa las posibilidades de satisfacer algunas de sus necesidades básicas diarias. Los hombres que se adscriben a esta clasificación manifestaron no estar dispuestos a participar en una asociación de adultos mayores, principalmente porque tienen una imagen distorsionada de ellas.

Existen algunos rasgos centrales respecto del establecimiento o no de redes sociales más allá del núcleo familiar que merecen ser destacados, y que tienen que ver con que, en casi todos los casos, se constituyen en el soporte fundamental en la vida de estos ancianos. El mantener o no lazos amicales antiguos o entablar amistades nuevas responden a una trayectoria anterior

a la cesantía. Hombres que dedicaban parte importante de sus vidas, no solo en el trabajo sino también fuera de él, a la asistencia a espacios de socialización masculina como el fútbol y la cantina, y que pasaban poco tiempo con sus familias, mantuvieron esa dinámica hasta el momento de la realización del estudio. Los otros, cuya rutina era del trabajo al hogar, han acentuado su relación exclusiva con la familia. Por lo general, estos últimos siempre desconfiaron de amigos y vecinos, y no les gusta libar alcohol, salvo en fiestas familiares ocasionales, a excepción de quienes participan en sectas religiosas, que no toman nunca.

Esto mismo sucede con la participación actual en instituciones de ayuda mutua o con fines recreacionales. A pesar de que existen varios clubes de la tercera edad en el distrito, muchos de estos hombres no participan, fenómeno que ocurre con mayor frecuencia en el caso de los que nunca participaron en institución alguna más allá de la gremial, porque tienen prejuicios e ideas distorsionadas de sus fines y no intuyen el beneficio que les podría proporcionar.

Otra característica general de estos hombres es que, aun los que participan en ellas, tienen dificultades para valorar la importancia de ser miembro de una institución de ayuda mutua, pues evalúan que se pierde el tiempo. Ciertamente, valoran los beneficios de las actividades que realizan para su propia salud, pero los minimizan frente a los imperativos sociales que señalan que lo principal para todo hombre es el trabajo productivo y remunerado, pues es lo único que verdaderamente les restituiría su valor como tales. Habría que repasar en nuestra cultura hasta qué punto el tiempo dedicado al arte, al juego y al deporte es considerado como pérdida de tiempo, y así es inculcado de generación en generación por padres a hijos, sobre todo, aunque no exclusivamente, en sectores populares. Es interesante anotar que los familiares resaltan los cambios positivos que se producen en los ancianos como resultado de su participación en una institución de ayuda mutua para adultos mayores, con mayor énfasis incluso que el expresado por los directamente beneficiados. Lo que ocurre, al parecer, es que las demás personas sienten el impacto benéfico de los cambios positivos en estos hombres, en sus propias vidas cotidianas. La mayor predisposición a la tolerancia y a una actitud más flexible que la acostumbrada, que es lo que aparentemente produce un tiempo cubierto por actividades de relax, de mantenimiento físico y mental, crea un mejor ambiente en el hogar para resolver los conflictos cotidianos de manera no violenta. En vez del abuelo renegón, controlador, a quien habría que soportar o evitar, el núcleo familiar gana a un compañero con quien contar y a alguien en quien apoyarse afectivamente.

La participación en clubes para adultos mayores puede beneficiar solo con la participación en sus diversas actividades, pero también es posible entablar en ellas lazos de amistad entre sus integrantes, que, a la postre, constituirían un futuro apoyo adicional al que presta la familia cercana en ocasiones que sea necesario.

4. Percepciones del adulto mayor sobre su situación actual

En esta parte del estudio queremos recoger otros aspectos importantes, además de los ya mencionados, que contribuyen a la manera como le dan sentido a esta etapa de sus vidas los adultos mayores. En primer lugar, dado el mayor tiempo que pasan en casa, es importante conocer de qué manera ocupan sus tiempos, cómo interpretan las acciones que realizan, su grado de autonomía o dependencia para solucionar sus necesidades cotidianas y la autopercepción sobre el bienestar o malestar que les produce la manera como llenan sus horas. En segundo lugar, interesa saber la forma como influyen los diversos problemas de salud propios de esas edades, la manera en que los resuelven o enfrentan, qué interpretación les dan a estos problemas y de qué manera impactan favorable o desfavorablemente en sus vidas. Por último, tratamos de interpretar la síntesis que hacen ellos mismos sobre su situación actual y la manera como viven su vejez.

La interpretación de su situación actual difiere notablemente de un anciano a otro, dependiendo de una serie de condicionantes que en algunos casos se yuxtaponen y se van acumulando hasta producir sensaciones de malestar o de bienestar. En otros, la existencia de algún condicionante en especial produce que las sensaciones de malestar o bienestar no sean absolutas, sino referidas a alguna o algunas dimensiones de sus vidas.

Entre los aspectos que al acumularse configuran un cuadro precario y producen un gran malestar en los adultos mayores, y una interpretación muy negativa de su situación actual, están la falta de una pensión de jubilación y de un seguro de salud que les ocasiona sentimientos de inseguridad y angustia, a la que se añade la falta de esposa y, en su defecto, de hijas que brinden servicios al anciano junto con una actitud dependiente de los cuidados femeninos que les produce una sensación de desamparo. También contribuyen la presencia de enfermedades degenerativas, que les impiden movilizarse y desarrollar sus vidas con soltura, lo que los frustra y crea impotencia; una sensación de no saber cómo llenar el tiempo vacío y percibirse como inservibles; falta de redes de amigos e instituciones que les brinden la oportunidad de ocupar su tiempo en actividades de esparcimiento y que les crea una sensación de soledad, la ausencia de objetivos que los motiven y den un sentido a sus vidas.

Por otro lado, entre los elementos que contribuyen a la interpretación positiva y de bienestar de los ancianos están, como es obvio, contar con una pensión de jubilación y seguro de salud, tener esposa o hijas que les presten servicios, mejor aun si la actitud del adulto mayor es autónoma para resolver por sí mismo sus necesidades básicas, sentirse con fuerzas para movilizarse, sin enfermedades que les impidan hacerlo y capacidad para autogenerarse ocupaciones domésticas que los hagan sentir útiles frente a los demás miembros de la familia. Además, es importante mantener las redes amicales con actividades de esparcimiento de manera cotidiana y participar de la misma forma en instituciones que les brinden espacios de entretenimiento y de conservación de su salud física y mental. Y, por último, una motivación para seguir viviendo. Hay que anotar que, como en el grupo anterior, cada característica retroalimenta y potencia a las otras en la misma dirección.

No obstante, en el medio de estos dos extremos se ubican aquellos a los que les bastó solo una de estas características positivas para lograr sensaciones de bienestar que se sobreponen a los otros aspectos adversos, mientras que otros, a pesar de contar con la mayoría de elementos favorables, no consiguen encontrarse satisfechos y aún no logran darle un sentido a sus vidas. Entre los primeros está un predicador de una secta religiosa quien, a pesar de que la mayoría de las condiciones se le presentan adversas, la sola presencia de un elemento altamente motivador, que le da sentido pleno a su vida, hace que minimice sus males físicos, la precariedad económica, la falta de pareja, etcétera, y se sienta con mucha voluntad de seguir viviendo y satisfecho con lo que hace. Entre los segundos se ubica un de ellos, quien a pesar de contar con una pensión de jubilación, un seguro de salud e hijos que lo apoyan permanentemente; y no obstante que sabe solucionar sus necesidades básicas y participa en una institución de adultos mayores, sigue sin encontrarle sentido a su vida. El tema es que él interpreta que ha perdido dos elementos fundamentales de la identidad masculina: su calidad de proveedor eficaz, porque considera que lo que recibe no alcanza para mantener un hogar, y su calidad de jefe de una familia, con una esposa ante quien ejercer autoridad. Bajo este tamiz, todo lo demás le parece secundario.

Hay otros tres hombres que combinan sensaciones de malestar y bienestar, interpretaciones negativas y positivas sobre el sentido de sus vidas, dependiendo de momentos y en relación con cada condición objetiva. Así, dos de ellos se sienten útiles y tienen una gran creatividad para mantenerse ocupados, pero les produce mucha frustración e impotencia sentir que cada día pierden fuerzas y no pueden realizar las actividades que antes desarrollaban. Lo que

ocurre es que siguen valorando sus vidas en tanto puedan sentirse útiles a los demás productivamente. No aceptan que ese ciclo ha terminado, ni mucho menos centrar sus vidas en actividades recreativas o de esparcimiento para sentirse física y anímicamente bien..

Es interesante anotar que de hombres eminentemente machistas, con los rezagos más tradicionales por la antigüedad de los periodos en que les tocó vivir, era esperable una desatención total a las actividades domésticas y la autorresolución de sus necesidades en ese ámbito. Sin embargo, la mayoría de ellos compartió tareas domésticas desde el inicio de la convivencia, como lo han corroborado las mismas esposas, hijos o hijas. Cuando algunos de ellos se quedaron solos, no les costó resolver por sí mismos sus necesidades caseras. Es probable que esta sea una diferencia respecto de otros sectores socioeconómicos, pues desde niños estos hombres tuvieron que valerse por sí mismos, ante la ausencia de la madre o de ambos padres, para satisfacer todas sus necesidades primarias. El mismo hecho de haber desempeñado desde niños múltiples oficios, también les otorga habilidades para autogenerarse hoy ocupaciones que les permiten llenar tiempos vacíos.

Otra constatación del estudio es que para estos adultos mayores los caminos que conducen a una percepción de bienestar son distintos. La mística y el estado de fervor motivador que les inyectan algunas sectas religiosas para unos; la participación en una institución dedicada a los adultos mayores que les brinda un abanico de posibilidades de esparcimiento y de deportes que les permite mantenerse en buen estado de salud física y emocional para otros; o simplemente la habilidad para autogenerarse actividades de recreación con amigos, nietos y actividades caseras útiles, siempre y cuando cualquiera de ellas les ocupe una buena parte de su tiempo y les dé sentido a sus vidas, apuntan a ese mismo destino.

Por otro lado, las características fundamentales de la identidad masculinidad hegemónica, como son la calidad de proveedor, la necesidad de mantener el estatus de autoridad patriarcal, o la dependencia de las mujeres para la reproducción doméstica, son elementos que perturban el disfrute de una ancianidad más autónoma y llevadera para varios de estos hombres, además de otras carencias objetivas ya señaladas.

III. A MANERA DE CONCLUSIONES

Las condiciones de vida de la mayoría de los adultos mayores que participan del estudio presentan diversos niveles de precariedad, y aparecen como un gran telón de fondo que limita de alguna manera el bienestar de estos hombres. Sin embargo, en este contexto personalidades individuales diversas con características de mayor o menor autonomía, experiencias distintas y, principalmente, elementos culturales que conforman los pilares de la construcción de la masculinidad hegemónica, se erigen como fortalezas o debilidades que contribuyen a favorecer u obstaculizar las percepciones de bienestar entre estos ancianos.

Uno de los elementos claves en la construcción social de la identidad masculina es el rol de proveedor. Tradicionalmente, este ha otorgado mucho poder a los hombres en periodos anteriores, en especial cuando eran los únicos proveedores en el ámbito doméstico, así como ha sumido en sentimientos de humillación, desvalorización social y desesperación a quienes no lograban serlo. Esta creencia forma parte, de manera muy arraigada, de los imaginarios sociales de estos adultos mayores, y sigue actuando en muchas ocasiones como palanca de poder o de sentimientos de gran malestar cuando se ha dejado de serlo y pasan a asumir el rol de dependientes. La pensión de jubilación permite a algunos de estos hombres alargar indefinidamente su rol de proveedores. La escasez de fuentes de trabajo para sus hijos y las dificultades para independizarse, por lo que deben seguir cohabitando con los padres, en varias ocasiones permite a los jubilados mantener su posición de principal proveedor y, por

tanto, también el poder y los privilegios patriarcales. Incluso el considerar que aún son proveedores, aunque ya no sean los principales, otorga a los adultos mayores cierta seguridad y la sensación que mantienen autoridad y poder dentro de la casa. Esto no significa que ellos estén contentos con su situación económica, pues el monto de sus pensiones es muy reducido. No obstante, este tipo de malestar no es provocado por una interpretación de la poca valía como hombres por haber perdido un rol masculino sustancial, sino que es producido por una situación que saben que es compartida por la mayoría de los hombres de los sectores populares. Es decir, interpretan que se trata de una carencia que es producto de una situación externa al individuo y no de una incapacidad personal, que es como se interpreta la imposibilidad de cumplir la normatividad social o de emular cualquier característica del estereotipo masculino hegemónico.

El recibir o no una pensión de jubilación, por más paupérrima que esta sea, marca definitivamente la diferencia en la interpretación de ellos mismos sobre su situación actual. Los que no tienen una pensión de jubilación unen a sus malestares por su mayor precariedad económica, que en algunos casos compromete su propia supervivencia, el profundo sentimiento de vergüenza por no poder seguir cumpliendo el rol de proveedores y tener que depender de otros. Más aun: en un contexto en el que los hijos viven muy precariamente y tampoco pueden sostenerlos, varios de ellos consideran una humillación mayor tener que presionarlos para que los ayuden.

La calidad de las relaciones que desarrollan los hombres adultos mayores con los demás miembros de su familia que habitan con ellos constituye un elemento importante que contribuye no solo al bienestar o al malestar de los ancianos, sino también al de todos los demás. Nueve de los diez entrevistados viven con esposa, hijos y nietos y, a la vez, son propietarios de sus respectivas viviendas. Esta última es una característica importante, pues a pesar de que han perdido su rol de proveedores por no tener pensión de jubilación, varias decisiones en el hogar pasan por ellos y, por tanto, mantienen en mayor o menor grado cierta cuota de poder. Sin embargo, ya no se trata, como antaño, del único poder, pues los hijos e hijas adultos con quienes conviven comparten roles como proveedores y son los responsables de la crianza de sus propios hijos. No obstante, en muchas ocasiones, dado el tiempo que el anciano permanece en el hogar, intenta tomar decisiones que involucran a todos y chocan con los intereses de los demás, lo que en varios casos es motivo de frecuentes conflictos y de resoluciones violentas con la pareja y los hijos, principalmente con los varones.

Hemos podido constatar que el tipo de relaciones que entablan estos ancianos en el hogar es por lo general resultado de una continuidad, desde la constitución de la pareja muchas décadas atrás hasta la etapa de la vejez. Muchas de las actitudes violentas y controladoras de algunos de estos hombres para con la esposa y los nietos no son producto de rasgos seniles aparecidos en esta etapa de la vida, sino que forman parte de trayectorias permanentes en el ejercicio de la violencia y de falta de respeto a las personas con quienes conviven. En la actuación de estos hombres se traslucen con claridad creencias machistas tradicionales muy enraizadas de superioridad masculina, de autoritarismo y de preservación de privilegios aun a costa de afectar las condiciones de vida de quienes se consideran subalternos al servicio de ellos. Hay que señalar que son los hombres con mayor poder, es decir, los que son proveedores gracias a que reciben una pensión de jubilación, los que propensos a actuar de esta manera.

Pero hemos encontrado también varones adultos mayores que se esfuerzan por desarrollar con los demás miembros de su hogar actual —la pareja, los hijos y los nietos— relaciones muy respetuosas, de mucha calidez y afecto. Como en el caso anterior, estas actitudes no aparecieron luego de la cesantía, sino que forman parte de una trayectoria de toda la vida. Sin

embargo, esta dinámica positiva puede ser rota, como en el caso de Santiago, por conflictos actuales con los hijos, suscitados por la precariedad económica de toda la familia.

Otro elemento importante para la calidad de vida de los ancianos es la ocupación del tiempo y el sentirse útiles para los demás miembros del hogar. El tiempo que ahora tienen no puede ser llamado “tiempo libre” —todo su tiempo lo es—, sino que es una especie de tiempo vacío que les proporciona mucha angustia y desaliento y que contribuye a agudizar actitudes irascibles, controladoras y poco tolerantes hacia los que conviven con él. Resulta interesante la manera tan creativa como la mayoría trata de autogenerarse ocupaciones dentro del hogar. Esto es posible porque casi todos tuvieron que realizar desde muy jóvenes muchos oficios para sobrevivir, y están entrenados para ejecutar diversas actividades manuales. También permite que estén preparados para solucionar por sí mismos sus necesidades básicas con bastante autonomía. Siempre han participado, con una sola excepción, de las tareas domésticas, lo que es corroborado por sus parejas. Este es, quizá, un rasgo que los diferenciaría de hombres de otros estratos socioeconómicos. Sin embargo, todas estas actividades cotidianas no bastan para cubrir significativamente sus tiempos, lo que les produce mucho malestar.

En general, son pocas las redes sociales en las que participan estos hombres, sea porque nunca se preocuparon por establecerlas, sea porque las perdieron por diversos motivos. El mantener o no lazos amicales antiguos o entablar amistades nuevas obedece a una trayectoria anterior a la cesantía, y lo propio ocurre con su participación o no en instituciones. Hay algunos casos en los que se perdieron vínculos con antiguos amigos de la época laboral, o ya no frecuentan instituciones, principalmente porque no tienen dinero para los pasajes ni para pagar la cuota mensual que ellas cobran. Sin embargo, los hombres con predisposición a los vínculos sociales hicieron nuevas amistades en su entorno cercano o ingresaron a otras instituciones ubicadas en el ámbito local. Los que, en cambio, solían ir de su trabajo a la casa, no intuyen los beneficios de la participación en tales redes, tienen ideas distorsionadas respecto de los objetivos de las diversas instituciones existentes para adultos mayores en el distrito y les es difícil desprenderse del hogar, a pesar de la angustia que les provocan sus tiempos vacíos o los sentimientos depresivos que les provoca el sentirse solos.

Existe un obstáculo, vinculado a la construcción social de la masculinidad, para la participación de los varones en instituciones eminentemente recreativas y de recuperación física y mental como son las dedicadas a personas de estas edades. Actividades tales como el baile, los juegos y la biodanza —y, en general, todas aquellas destinadas a cuidar del cuerpo— son consideradas como femeninas. Ocurre también que algunos hombres no ven en la recreación beneficio alguno, en tanto no les permite solucionar su principal preocupación: mantener su rol de proveedores. Así, aun los que participan tienen dificultades para valorar la importancia de ser miembro de una institución de ayuda mutua, pues creen que se trata de una pérdida de tiempo. Ciertamente, valoran los beneficios de las actividades que realizan para su propia salud, pero los minimizan frente a los imperativos sociales que les exigen que lo principal para todo hombre es el trabajo productivo y remunerado, pues es lo único que verdaderamente les restituiría su valor como tales. El Presidente de la Asociación Club de Jubilados de Villa María del Triunfo cuenta incluso que un buen número de socios masculinos no participan en las actividades recreativas diarias, sino solo sus esposas, y más bien sí acuden a las asambleas mensuales a las que sus parejas, por el contrario, no asisten, de manera que reproducen los roles de género entre el ámbito político de las decisiones, tradicionalmente masculino, y el del cotidiano cuidado del cuerpo, aspiración supuestamente femenina.

Es importante señalar cómo los familiares resaltan los cambios positivos que operan en los ancianos como resultado de su participación en una institución de ayuda mutua para adultos mayores, con mayor énfasis incluso que lo expresado por los directamente beneficiados. Lo

que ocurre, al parecer, es que las demás personas sienten el impacto benéfico de los cambios positivos en estos hombres en sus propias vidas cotidianas. Ocupar buena parte de sus tiempos fuera del hogar y entablar nuevas amistades mejoran su carácter y los hacen más tolerantes, los enriquece física y mentalmente, lo que contribuye de manera significativa al mejoramiento de las relaciones al interior de la familia y de la calidad de vida de todos. Inclusive, una serie de enfermedades relatadas por los adultos mayores, tales como dolores óseos y musculares, desaparecen o mejoran con la participación diaria en estas actividades. Se crean así las condiciones para enfrentar con mejores armas situaciones económicas adversas.

Se observa, asimismo, la ausencia casi absoluta del Estado para brindar servicios a esta población, principalmente a la más desamparada, es decir, la que no tiene una pensión de jubilación y, por tanto, tampoco cuenta con los recursos para sufragar su participación en las instituciones autogeneradas por la población. Por otro lado, no hace falta que las instituciones competentes del Estado creen, de la nada, organizaciones que apoyen a los adultos mayores, pues ellos mismos están organizándose en forma creciente para solucionar sus problemas, aunque de manera muy precaria. Lo que sí se requiere es el respaldo sostenido a esas iniciativas, apoyando con profesionales especializados, dotándolas de equipamiento, principalmente de carácter educativo y recreativo, y brindándoles espacios en locales públicos debidamente acondicionados para que realicen sus actividades diarias.

En el estudio hemos podido constatar que los caminos que conducen a los adultos mayores a una percepción de bienestar son diversos. El mantener objetivos y proyectos, sean estos de índole festivo-recreativa, como los que impulsan las instituciones de adultos mayores, social, religiosa o laboral, también otorga un sentido a la vida y empuja a tener una percepción de bienestar. Encontramos algunos hombres que lo lograron mediante su participación militante en instituciones religiosas en donde les infunden una gran mística y una razón de ser a sus vidas, además de que ocupan buena parte de sus tiempos. A pesar de sus adversas condiciones económicas y de salud, estos hombres afirman sentirse bien y con fuerzas para hacerles frente.

La presencia de ellos puede constituir una carga pesada para sus familias no solo en el aspecto económico sino, y principalmente, en el de las relaciones interpersonales. Pero también puede elevar la calidad de vida de todas y todos. Esto depende de la actitud de los mismos ancianos, aun en las situaciones materiales más precarias, para darle un sentido a sus vidas, ocupar sus tiempos vacíos con actividades que los mantengan sanos física y mentalmente y superar diversos prejuicios vinculados a la masculinidad hegemónica: por un lado, las ansias de poder autoritario y de control; y, por otro, el abandono del cuidado del cuerpo y la desvalorización de la recreación y el sano esparcimiento como fines en sí mismos.

Es preciso que las organizaciones que agrupan a los adultos mayores reciban apoyo estatal para la capacitación técnica y la implementación laboral, con el fin de que quienes lo deseen puedan emplear parte de su tiempo en alguna actividad productiva al alcance de sus fuerzas, que les permita agenciarse de algunos fondos para gastos mínimos y así facilitar su participación social. En el nivel institucional, el Estado debe colaborar para hacer más eficaz la autoayuda en situaciones de emergencia de los propios asociados.

Por último, debemos señalar la importancia de que el Estado —en los niveles central y local— y las instituciones sociales contribuyan a preparar a los ancianos y a la población toda para que vivan esa etapa de manera satisfactoria y plena. Muchos mitos culturales que limitan artificialmente la potencialidad de estos hombres para sentirse realizados deberán cuestionarse y superarse. Varios de ellos están impregnados por las creencias de género, que si bien conducen a que los hombres mantengan privilegios aun en la vejez, a costa del malestar que ocasionan a los que lo rodean, también les está produciendo a ellos mismos dolor, frustraciones y soledad.

BIBLIOGRAFÍA

- ASKHAM, Janet: “Vida matrimonial de las personas mayores”, en GINN, Jay y Sara ARBER, *op. cit.*, pp. 127-140.
- CASTORIADIS, Cornelius: *El avance de la insignificancia*. Buenos Aires: Editorial Eudeba, 1997.
- CEPAL-Naciones Unidas: *Población, envejecimiento y desarrollo*. Trigésimo periodo de sesiones de la CEPAL. Puerto Rico, 2004.
- CONSEJO NACIONAL DE POBLACIÓN: *Perú: Hechos y cifras demográficas*. Lima: CNP, 1984.
- FULLER, Norma: *Masculinidades: Cambios y permanencias*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2001.
- GINN, Jay y Sara ARBER: “‘Mera conexión’: Relaciones de género y envejecimiento”, en ARBER, Sara y GINN, Jay: *Relación entre género y envejecimiento. Enfoque sociológico*. Madrid: Ediciones Narcea, 1996, pp. 17-34.
- HERNÁNDEZ, Juan Carlos: “Sexualidad masculina y reproducción: ¿Qué va decir papá?”. Ponencia presentada al Coloquio Latinoamericano Varones, Sexualidad y Reproducción. México, 1995.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA E INFORMÁTICA: *Proyecciones de población departamental por años calendario y grupos de edad, 1995-2015*. Lima: INEI, 1997.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA E INFORMÁTICA/CEPAL: “Perú: Estimaciones y proyecciones de población 1950–2050”. *Boletín de Análisis Demográfico* n.º 35. Lima: INEI/CEPAL, 2001.
- MARQUÉS, Josep-Vicent: “Varón y patriarcado”, en VALDÉS, Teresa y José OLAVARRÍA: *Masculinidad/es: Poder y crisis*. Santiago de Chile: Isis Internacional y FLACSO, 1997, pp. 17-30. Ediciones de las Mujeres N.º 24.
- NUÉ GUERRERO, Angélica: “Percepciones y autopercepciones de ancianos en Santa Cruz de Andamarca. Asociaciones con actividad y productividad, y salud y muerte en una comunidad de la sierra de Lima”. Ponencia presentada en el Simposio Antropología de la Vejez, del Cuarto Congreso Chileno de Antropología. Chile, 19 al 23 de noviembre de 2001.
- RAMOS, Miguel; Sandra HERRERA y Raquel REYNOSO: *Tiempo libre y pobreza urbana: Experiencia lúdica y calidad de vida en Villa María del Triunfo*. Lima: IPD/GTZ, 1993.
- ROSE, Hilary y Errollyn BRUCE: “Diferente valoración de la ayuda que se prestan las parejas ancianas”, en ARBER, Sara y Jan GINN, *op. cit.*, pp. 163-181.
- SCOTT, Anne y G. Clare WENGER: “Género y redes de apoyo en la vejez”, en ARBER, Sara y Jay GINN, *op. cit.*, pp. 221-239.
- WILSON, Gail: “‘Yo soy los ojos y ella los brazos’: Cambios en los roles de género en la vejez avanzada”, en ARBER, Sara y Jay GINN, *op. cit.*, pp. 141–161.